

REVISTA BIMESTRE CUBANA



De la Sociedad Económica de Amigos del País

Director: Julio A. García Oliveras

Colaboran en este número

- Armando Hart Dávalos
- René Anillo Capote
- José Ramón Fabelo
- Gustavo Kourí
- Alina Llop
- Germán Rogés
- Oscar Almazán del Olmo
- Manuel Alepuz Llansana
- Oswaldo Martínez
- Orestes Gárciga Gárciga
- Julio A. García Oliveras
- Araceli García Carranza

VOLUMEN LXXVIII, JULIO - DICIEMBRE 1995

ÉPOCA III No. 3

La Habana, Cuba

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Fundada en 1793



Presidenta

Dra. Daisy Rivero Alvisa

Vicepresidentes

Dra. Yolanda Ricardo Garcell

Dr. Julio A. García Oliveras

Presidentes de Honor

Dr. Julio Le Riverand Brusone

Dr. Salvador Bueno Menéndez

La Sociedad Económica de Amigos del País contribuye a la promoción de las ciencias, la cultura, el cumplimiento de los fines que inspiraron a sus antepasados más ilustres, al mantenimiento de sus mejores tradiciones, a la formación y fortalecimiento de la conciencia ciudadana y a la consecución de los más altos ideales de la Sociedad Cubana.

La Habana, Cuba

REVISTA BIMESTRE CUBANA

VOLUMEN LXXVIII
JULIO - DICIEMBRE 1995
ÉPOCA III No. 3
ISSN 1012-9561



La Habana, Cuba

ROBE

REVISTA BIMESTRE CUBANA
de la
Sociedad Económica de Amigos del País

Director: Julio A. García Oliveras

Comisión de la Revista

Presidente de Honor SEAP: Dr. Salvador Bueno;
Consejeros SEAP: Ángel Augier y Dr. José Peraza
Chapeaux;

Dra. Lidia Turner Martí, Dr. Luis Gálvez Taupier, Dr. Mario
Coyula Cowley, Lic. Marcelo Fernández Font;

Asesora Técnica: Aracely García Carranza;

Secretaria Administradora: Dra. Concepción Portela

Condiciones de la publicación

Esta revista publicará especialmente escritos de autores cubanos y de extranjeros sobre temas cubanos o asuntos foráneos que tengan especial interés para Cuba, así como bibliografías, estadísticas, etcétera.

La **Revista Bimestre Cubana** publica seis fascículos al año. Se envía a los socios de la Sociedad Económica de Amigos del País y a los suscriptores.

Los firmantes de los artículos publicados en esta revista asumen la responsabilidad de las opiniones emitidas en los mismos. La publicación de un escrito no significa adhesión a su contenido, sino información amplia de acuerdo con las exigencias contemporáneas.

De todo libro o folleto que se reciba, se dará cuenta en la revista.

No se devuelven ni retribuyen originales, ni se sostiene correspondencia sobre trabajos no solicitados.

Dirección de la Revista: Calle 16 n. 504 entre 5ta. y 7ma,
Miramar, Playa, Ciudad Habana

Teléfono: 81-9780 **Fax:** 33-2780

Suscripción Anual: **Extranjero** 20.00 USD
 En Cuba 15.00 M.N.

Suscripciones: Revista Bimestre Cubana
Apartado (P.O. Box) 609, Playa,
11300 Habana, Cuba

Editor: Rubén Casado García

Diseño: Rubén Casado e Ileana Fernández

Realización: Andrés Campello

Tratamiento de texto: Janet Acosta, Juan Carlos
Fernández, Miriam Hernández

Impreso en Cuba por *Publicigraf*

ROBE

ÍNDICE

ONU

- El 50 Aniversario y la UNESCO
ARMANDO HART DÁVALOS 7

CENTENARIO

- La Sociedad Económica de Amigos del País en José Martí
RENÉ ANILLO CAPOTE 19

PROBLEMAS SOCIALES

- Formación de valores en las nuevas generaciones en la
Cuba actual
JOSÉ RAMÓN FABELO 37

PROBLEMAS ECONÓMICOS

- Economía, salud y enfermedad
GUSTAVO KOURÍ, ALINA LLOP Y GERMÁN ROGÉS 49

HISTORIA

- Francisco de Arango y Parreño, su pensamiento, su
época y la nuestra
OSCAR ALMAZÁN DEL OLMO 63

INVESTIGACIONES ECONÓMICAS

- Energía, transporte y medio ambiente, necesidad
de un enfoque integral y coyuntural para Cuba
MANUEL ALEPUZ LLANSANA 77

INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA

- La ambivalencia de la integración económica
latinoamericana
OSVALDO MARTÍNEZ 93

José Ramón Fabelo

*Investigador auxiliar del Instituto de Filosofía y vicepresidente de
la Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas.*

RBC

FORMACIÓN DE VALORES EN LAS NUEVAS GENERACIONES EN LA CUBA ACTUAL

José Ramón Fabelo

El tema a que nos convoca la Audiencia* es de una importancia estratégica enorme para el futuro de la Revolución. De la formación de valores en las nuevas generaciones depende en grado sumo la continuidad histórica de nuestro proceso revolucionario.

El momento en que se realiza es también crucial. Vivimos tiempos difíciles, de profundos cambios en la arena internacional y de trascendentales modificaciones internas. Estamos situados —parece ser— en la arrancada de toda una época de transición, lo cual obliga a la Revolución a enfrentar condiciones totalmente inéditas que exigen de toda nuestra inteligencia, audacia y entereza para no extraviar la brújula orientadora de los valores que identifican a la Cuba revolucionaria.

Debido a que se me ha encargado abordar el problema desde una perspectiva filosófica integral, y aun sin el ánimo de entrar en disquisiciones teóricas innecesarias, sí creo imprescindible comenzar por

* Audiencia Pública de la Comisión de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, de la Asamblea Nacional. Palacio de las Convenciones, 24 de abril de 1995.

precisar conceptualmente la categoría central que estamos enfrentando: los valores.

Son posibles, cuando menos, tres planos de análisis de esta categoría. En el primero de estos planos es necesario entender los valores como parte constitutiva de la propia realidad social, como una relación de significación entre los distintos procesos o acontecimientos de la vida social y las necesidades e intereses de la sociedad en su conjunto. Digámoslo en otras palabras: cada objeto, fenómeno, suceso, tendencia, conducta, idea o concepción, cada resultado de la actividad humana, desempeña una determinada función en la sociedad, adquiere una u otra significación social, favorece u obstaculiza el desarrollo progresivo de la sociedad y, en tal sentido, es un valor o un antivalor, un valor positivo o un valor negativo. Convengamos en llamarles "objetivos" a estos valores; y al conjunto de todos ellos, "sistema objetivo de valores". Este sistema es dinámico, cambiante, dependiente de las condiciones histórico-concretas y estructurado de manera jerárquica.

El segundo plano de análisis se refiere a la forma en que esa significación social, que constituye el valor objetivo, es reflejada en la conciencia individual o colectiva. Cada sujeto social, como resultado de un proceso de valoración, conforma su propio sistema subjetivo de valores, sistema que puede poseer mayor o menor grado de correspondencia con el sistema objetivo de valores, en dependencia, ante todo, del nivel de coincidencia de los intereses particulares del sujeto dado con los intereses generales de la sociedad en su conjunto, pero también en dependencia de las influencias educativas y culturales que ese sujeto recibe y de las normas y principios que prevalecen en la sociedad en que vive. Estos valores subjetivos o valores de la conciencia cumplen una importante función como reguladores internos de la actividad humana.

Por otro lado —y éste es el tercer plano de análisis—, la sociedad debe siempre organizarse y funcionar en la órbita de un sistema de valores instituido y reconocido oficialmente. Este sistema puede ser el resultado de la generalización de una de las escalas subjetivas existentes en la sociedad o de la combinación de varias de ellas, y, por lo tanto, puede también tener

un mayor o menor grado de correspondencia con el sistema objetivo de valores. De ese sistema institucionalizado emanan la ideología oficial, la política interna y externa, las normas jurídicas, el derecho, la educación formal (es decir, estatal o institucionalizada), etcétera.

En resumen, en el ámbito social —y atendiendo a estos tres planos de análisis— es posible encontrar, además del sistema objetivo de valores, una gran diversidad de sistemas subjetivos y un sistema socialmente instituido.

El tema de la Audiencia evidentemente alude al segundo plano, es decir, al proceso de subjetivación, de conscientización o de formación de valores en un sujeto determinado, en este caso, las nuevas generaciones. Pero, al mismo tiempo, este plano no es ajeno a los otros dos. Los valores que en la conciencia juvenil se forman, son el resultado de la influencia, por un lado, de los valores objetivos de la realidad social, con sus constantes dictados prácticos, y, por el otro, de los valores institucionalizados, que llegan al joven en forma de discurso ideológico, político, pedagógico. Tanto una como otra influencia se realiza a través de diferentes mediaciones: la familia, la escuela, el barrio, los colectivos laborales, la cultura artística, los medios de difusión masiva, las organizaciones sociales.

Uno de los más grandes logros de la Revolución ha sido precisamente la formación en el cubano de una alta conciencia valorativa, en la que ocupan un lugar preponderante valores como la justicia, la solidaridad y la independencia. La clave de este éxito radica en la armonía y consecuencia entre el discurso político y la práctica revolucionaria, entre los valores reconocidos e instituidos oficialmente y los valores que las transformaciones revolucionarias han convertido en realidad social. Justicia, solidaridad e independencia son valores presentes en el discurso político de cualquier nación, pero en muy pocas esos valores del discurso oficial se han traducido en justicia, solidaridad e independencia reales y plenas. Para el cubano esos valores no han sido meros conceptos abstractos que escucha por la televisión o lee en la prensa; han sido una realidad cotidiana y palpable, un ingrediente inalienable de su habitat sociocultural. Son valores que forman parte ya de la identidad del cubano.

Y son esos valores los que explican que aún estemos aquí resistiendo, contra toda lógica, o, para decirlo mejor, contra la lógica pragmática extrema que impera en el mundo de hoy. Ha sido esa elevada conciencia valorativa nuestro bastión más firme.

Hoy lo sigue siendo. Tenemos una juventud que, en sentido general, es digna heredera de esos valores. Pero al propio tiempo pueden observarse en una parte de esa misma juventud síntomas evidentes de crisis de valores. El hecho de que sea en una parte y no en toda la juventud, no le quita importancia y urgencia al problema. Esa parte es también *nuestra* juventud. Además, esa parte es ahora mayor, después de estos años críticos. La tendencia pudiera continuar en aumento. Por eso el enfrentamiento de estos problemas no puede ser aplazado. Está en juego nuestro bastión más firme y, con él, el futuro de la Revolución y de nuestra propia identidad.

Para enfrentar una crisis de valores, por minúscula que ésta sea, es necesario entenderla, conocer sus causas y adoptar una estrategia para su superación. A continuación pondremos a juicio de la Audiencia una propuesta general de aproximación a estos tres propósitos.

Las crisis de valores por lo general acompañan a las conmociones sociales que ocurren en los períodos de transición de la sociedad (progresivos, regresivos o de reacomodamiento). Se producen cuando ocurre una ruptura significativa entre los sistemas de valores pertenecientes a estas tres esferas o planos que aquí hemos analizado, es decir, entre los valores objetivos de la realidad social, los valores socialmente instituidos y los valores de la conciencia. Es en esta última esfera —en la conciencia— donde con mayor plenitud se manifiesta esta ruptura. Aclaremos que entre los tres sistemas siempre existe cierto desfase, lógico y natural; pero al aumentar notablemente la aceleración de la dinámica social en períodos de cambios abruptos, este desfase sobrepasa sus límites normales, genera cambios bruscos en los sistemas subjetivos de valores y provoca la aparición de la crisis.

Entre los síntomas que permiten identificar una situación de crisis de valores están los siguientes: perplejidad e inseguridad de los sujetos sociales acerca de cuál es el verdadero sistema de valores, qué considerar

valioso y qué antivalioso; sentimiento de pérdida de validez de aquello que se consideraba valioso y, en consecuencia, atribución de valor a lo que hasta ese momento se consideraba indiferente o antivalioso; cambio de lugar de los valores en el sistema jerárquico subjetivo, otorgándosele mayor prioridad a valores tradicionalmente más bajos y viceversa. Todo esto provoca en la práctica conductas esencialmente distintas.

Creo que es fácil notar que en mayor o menor medida estos síntomas están presentes en una parte no desestimable de nuestra juventud de hoy. Para provocarlos se han conjugado varios factores sociales externos e internos. Analicemos primeramente los factores externos.

Para nadie es un secreto que en la conciencia de muchos cubanos la comunidad socialista y, especialmente, la Unión Soviética, era representada como una especie de paradigma social, de ideal a alcanzar, como un deber-ser al cual deberíamos irnos acercando paulatinamente. Al derrumbarse el sistema socialista y desaparecer la URSS, se destruye uno de los principales patrones valorativos de comparación, a través de cuyo prisma se venía juzgando como positivos o negativos muchos de los procesos y acontecimientos de la vida internacional y nacional.

Además, la caída del "socialismo real" puso en crisis al marxismo, sobre todo en su versión dogmática y anquilosada, que en buena medida se identificaba con la experiencia particular del socialismo en la URSS y con las ideas que le servían de fundamento y de apología. Téngase en cuenta que el marxismo se encuentra prácticamente generalizado a toda nuestra enseñanza y que la mayoría de nuestros profesores fue formada en esa versión suya. Tal y como estaba diseñada la teoría, los rápidos acontecimientos que se produjeron no podían encontrar explicación en ella. Este contraste entre realidad y teoría provocó que esta última cayera en descrédito y que no pocos adoptasen una actitud nihilista hacia el marxismo en general y hacia los valores a él asociados, valores que, por demás, se venían identificando de manera casi absoluta con los del socialismo soviético.

La unipolaridad política que le sucede a la debacle del socialismo y las manifestaciones ideológicas que la acompañan —como son las distintas concepciones sobre el fin de la historia, la muerte de las utopías y la

cancelación de las aspiraciones a alcanzar una sociedad más justa— son otros tantos factores que influyen sobre una parte de nuestra juventud, que no vive en una cúpula de cristal y que no puede ser totalmente ajena a la crisis universal de valores que impera hoy en el planeta.

El cuadro no estaría completo si no tomásemos en cuenta la permanente agresión ideológica del imperialismo, agresión que se ha intensificado notablemente en estos tiempos y que ha tratado de sacarle todo el partido posible a nuestros problemas internos y a la crisis del movimiento revolucionario mundial. La propaganda imperialista dirigida contra Cuba tiene el descarnado propósito de subvertir los valores de la conciencia de nuestro pueblo y, especialmente, de nuestra juventud.

Entre los factores internos hay que mencionar, en primer lugar, la crisis económica. Las carencias materiales, el bajo nivel de satisfacción de las necesidades, provocan en muchos casos que disminuya ostensiblemente el valor que se le asigna a fenómenos de más alto vuelo —sociales, espirituales— y que se sobredimensione el valor de todo aquello que se asocia a la satisfacción de las necesidades materiales, individuales y familiares. Como resultado, nos topamos en esos casos con conductas más pragmáticas, más materialistas, menos altruistas y menos solidarias. Los problemas económicos también traen aparejados, en algunos, cierto escepticismo sobre el futuro de la Revolución y su capacidad para enfrentarlos, y, en otros, al desbordar sus umbrales personales de resistencia, una vuelta de la mirada hacia la sociedad de consumo buscando un escape a la difícil situación.

Asociado a la propia crisis económica, otro de los factores que incide es el desfase —lógico en cierto sentido— entre los dictados valorativos de la muy cambiada realidad cotidiana y su mucho más lento reflejo en el sistema de valores institucionalizado. Debido a este desfase, el individuo, para satisfacer sus apremiantes necesidades cotidianas, se siente compulsado a adoptar una conducta práctica que aún no tiene respaldo legal ni reconocimiento oficial: compra y vende, participa en el mercado negro, busca fuentes alternativas de ingresos, etcétera. Esta contradictoria relación entre las influencias valorativas que se reciben desde la realidad social, por un lado, y desde el Estado, sus instituciones y leyes, por otro, se

reproduce en la conciencia social en forma de contradicción entre psicología social e ideología, provocando un desdoblamiento de la conciencia y de la conducta —lo que habitualmente se llama doble moral—, según el sistema de valores que se adopte en cada caso. En determinadas circunstancias se piensa y se actúa de una forma y en otras de manera distinta. Esta situación corroe la integridad y firmeza de los sistemas subjetivos de valores; provoca una especie de existencia dual. Y esto, en el mejor de los casos. Allí donde los valores ideológicos de la conciencia no son lo suficientemente fuertes, se rompe por ellos este contradictorio equilibrio y se adopta, en consecuencia, una forma de actuar y pensar totalmente ajena a los valores socialmente instituidos. No hay dudas de que las diferentes medidas que se han ido tomando —la despenalización de la tenencia de divisas, la institución del trabajo por cuenta propia, la apertura de los mercados agropecuarios, y de productos industriales y artesanales—, han sido respuestas muy importantes en esta dirección. Pero no todo ha sido aún resuelto, y este factor sigue en alguna medida actuando en favor de la crisis de valores.

La imprescindible entrada de capital internacional, las reformas capitalistas que lo acompañan y los indiscutibles beneficios que reciben los trabajadores insertados en esferas vinculadas al capital extranjero y al flujo de divisas, introducen nuevos elementos distorsionadores de la conciencia valorativa. Profesiones como la del médico, la del maestro, la del profesor o la del científico, que tradicionalmente han recibido una alta estima por su importante función social, por la entrega y consagración que presuponen, ahora caen en muchas ocasiones en un segundo plano en las jerarquías subjetivas de valores.

La aparición de nuevas e inevitables formas de desigualdad social, asociadas al cuentapropismo, al mercado agropecuario y a la tenencia de divisas, unidas a otras formas vinculadas al desvío y apropiación indebida de recursos y a la existencia de una multivariada de modos de distribución de la riqueza social, afectan el sentido de la justicia como valor, mucho más en una época de crisis en que se produce de manera natural una hipersensibilización de las masas hacia toda desigualdad no basada en el trabajo o no proporcional a la cantidad y calidad del trabajo.

Son éstos algunos de los factores que mayor incidencia han tenido en la crisis de valores que afecta a una parte de nuestra juventud. Estos factores actúan, a su vez, sobre la familia, el barrio, la escuela y otras mediaciones, desde donde el joven recibe las influencias valorativas, y se agregan a las deficiencias de método y de contenido que aún tenemos en nuestra labor educativa.

Como quiera que estos últimos aspectos serán abordados de manera específica en otras intervenciones, me limitaré a analizar algunas líneas estratégicas generales que deben favorecer, en su conjunto, una adecuada formación de valores en las nuevas generaciones.

Es obvio que la gradual recuperación económica, unida al rescate del valor de la moneda nacional y a su uso como mecanismo estimulador del trabajo y propiciador de una distribución justa, homogeneizada en lo posible alrededor del salario y basada en la cantidad y calidad del aporte individual, irán creando paulatinamente condiciones sociales más favorables para la formación de valores en los jóvenes. Por su importancia, esta perspectiva no puede ser obviada. Pero al mismo tiempo conocemos que su ritmo de realización será necesariamente lento y que no podemos esperar a que esas condiciones estén creadas para adoptar líneas de trabajo que se reviertan en la elevación de la calidad del proceso de formación de la conciencia valorativa en las nuevas generaciones.

Entre las líneas que de inmediato pueden adoptarse, nos parecen de suma importancia las siguientes:

I. Debe evitarse en nuestro sistema de enseñanza una transmisión fría y esquemática de valores. Más que enseñar valores fijos, debemos enseñar a valorar por sí mismos a nuestros jóvenes. Mostrarles, por supuesto, que la justicia, la solidaridad, la honradez, son grandes valores del ser humano, pero que esos valores se llenan de contenido concreto según las circunstancias, que ese contenido cambia, que lo que hoy es justo mañana puede no serlo y viceversa; que en ocasiones los valores chocan y entonces hay que optar por el que jerárquicamente es más importante; que esa jerarquía es también mutable y dependiente de las condiciones, y que la elección que en un caso justificadamente hacemos puede no ser adecuada en otro. En resumen, debemos preparar al joven para que pueda orientarse

valorativamente de manera adecuada ante cualquier contingencia de vida personal o social.

II. Es necesario pulsar permanentemente los dictados valorativos de la realidad, las exigencias prácticas de la vida cotidiana, de manera que podamos ofrecer con la mayor agilidad posible, una respuesta política, jurídica y pedagógica a las contradicciones que normalmente aparecen en los períodos de cambio entre la psicología social y la ideología dentro de la estructura de la conciencia social; todo lo cual debe estar dirigido a la eliminación gradual del sustento objetivo de la doble moral.

III. Es importante mostrar que las reformas de economía de mercado que hoy nos vemos precisados a introducir, asociadas sobre todo a la recaudación de divisas y a la introducción de capital internacional, a pesar de que cuando pueden acarrear consecuencias no deseables, son medidas absolutamente necesarias e inevitables en nuestras condiciones y constituyen no un fin en sí mismo, sino un valor instrumental, un medio que nos permite en primera instancia, lograr la recuperación económica y preservar en la práctica valores de muy alta jerarquía, como la independencia, la dignidad nacional y las grandes conquistas de justicia social que la Revolución nos ha traído a nuestro pueblo; pero que además, más allá de esa primera instancia, nos permitirá alcanzar un estadio cualitativo superior de la sociedad con cuotas todavía mayores de independencia, dignidad, justicia y bienestar social.

IV. En estrecho vínculo con lo anterior, es de gran importancia en estos momentos reconceptualizar nuestra utopía, nuestro proyecto, nuestra imagen de la "sociedad de llegada", de manera que sea posible otorgar un sentido estratégico nítidamente socialista a todo lo que hacemos hoy, para que evite la impresión de que nos movemos irremediabilmente hacia el capitalismo.

V. Es imprescindible rescatar la credibilidad del marxismo, despojándolo de los vicios dogmáticos y de las desfiguraciones históricas de que ha sido objeto, renovarlo creadoramente de acuerdo con las circunstancias actuales, en estrecho vínculo con el ideario patriótico, independentista y socialista de la nación.

VI. Es preciso poner permanentemente en evidencia ante nuestros jóvenes el nexo histórico y genético existente entre los valores que hoy la Revolución defiende y los valores que se encuentran en el fundamento y origen mismo de la nación cubana, la coincidencia de sentido y la identidad de valores que para el cubano en este momento encierran los conceptos de “patria”, “revolución” y “socialismo”

VII. Debe propiciarse a las nuevas generaciones un conocimiento mayor de la otra cara del capitalismo, de la cara que por lo general se mantiene oculta, donde se concentran la miseria, la insalubridad, la incultura, la injusticia y la muerte, de la cara a la que pertenece la mayor parte de este mundo y cuyas condiciones infrahumanas de vida son el resultado y la garantía del consumismo, el despilfarro y los alardes tecnológicos de que disfruta una parte minoritaria de la humanidad. Esa otra cara ya Cuba la conoció antes de 1959 y es la que, por la lógica de nuestro desarrollo histórico, nos volvería a tocar si abandonásemos la senda revolucionaria. Eso debe quedar bien claro a todos nuestros jóvenes. Al mismo tiempo es necesario demostrarles los límites históricos, ecológicos y humanos que tiene el capitalismo como sistema, su irracionalidad como modo de organización de la sociedad, su imposibilidad como modelo del futuro humano y, en este sentido, la confluencia de los valores que hoy Cuba defiende con los valores universales que la humanidad necesita toda ella realizar para garantizar su supervivencia.